

GÓMEZ DE AVELLANEDA, GERTRUDIS (1814-1873)

*ANTOLOGÍA POÉTICA*

ÍNDICE:

AL PARTIR

Soneto

LA VUELTA A LA PATRIA

Saludo

A UN COCUYO

A ÉL

A ÉL

SONETO

Imitando una oda de safo

SIGNIFICADO DE LA PALABRA YO AMÉ

Imitación de Parny

AL EXCMO. SR. DON PEDRO SABATER

(Poco después marido de la autora)

ELEGÍA I

Después de la muerte de mi marido

ELEGÍA II

MI MAL

Soneto

EPITAFIO

Para grabarse en la tumba de un escéptico

Imitación de Parny

A LA LUNA

LA NOCHE DE INSOMNIO Y EL ALBA

Fantasía

LOS DUENDES

Imitación de Víctor Hugo

EL RECUERDO IMPORTUNO

Soneto

A LA LUNA

Imitación de Byron

AL DESTINO

LAS CONTRADICCIONES

Imitación de Petrarca

Soneto

A UNA JOVEN MADRE

En la pérdida de su hijo

ROMANCE

Contestando a otro de una señorita  
LA CLEMENCIA  
EL CANTO DE ALTABISCAR  
AL ÁRBOL DE GUERNICA  
AL PENDÓN CASTELLANO  
POLONIA

Traducción libre de Víctor Hugo  
A FRANCIA

Al tratarse de la traslación de los restos de Napoleón a París  
EL PORQUÉ DE LA INCONSTANCIA

A mi amigo...  
EN LA MUERTE DEL LAUREADO POETA SEÑOR DON MANUEL JOSÉ  
QUINTANA

A UN AMIGO

Encargado por la dirección de un periódico de la crítica de una comedia sátira  
LAS SIETE PALABRAS

Y María al pie de la cruz  
AL NOMBRE DE JESÚS

Soneto  
A DIOS

Soneto  
LA PESCA EN EL MAR  
CUARTETOS ESCRITOS EN UN CEMENTERIO  
A LAS ESTRELLAS

Soneto  
A ÉL  
A\*\*\*\*  
A LA POESÍA

AL PARTIR

(Soneto)

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!  
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo  
La noche cubre con su opaco velo,  
Como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy a partir! La chusma diligente,  
Para arrancarme del nativo suelo  
Las velas iza, y pronta a su desvelo  
La brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós, patria feliz, edén querido!  
¡Doquier que el hado en su furor me impela,  
Tu dulce nombre halagará mi oído!

¡Adiós!... Ya cruje la turgente vela...  
El ancla se alza... el buque, estremecido,  
Las olas corta y silencioso vuela!

## LA VUELTA A LA PATRIA

(Saludo)

¡Perla del mar! ¡Cuba hermosa!  
Después de ausencia tan larga  
Que por más de cuatro lustros  
Conté sus horas infaustas,

Torno al fin, torno a pisar  
Tus siempre queridas playas,  
De júbilo henchido el pecho,  
De entusiasmo ardiendo el alma.

¡Salud, oh tierra bendita,  
Tranquilo edén de mi infancia,  
Que encierras tantos recuerdos  
De mis sueños de esperanza!

¡Salud, salud, nobles hijos  
De aquesta mi dulce patria!  
¡Hermanos, que hacéis su gloria!  
¡Hermanas, que sois su gala!

¡Salud!... Si afectos profundos  
Traducir pueden palabras,  
Por los ámbitos queridos  
Llevad, -¡brisas perfumadas,

Que habéis mecido mi cuna  
Entre plátanos y palmas!-  
Llevad los tiernos saludos  
Que a Cuba mi amor consagra.

Llevadlos por esos campos

Que vuestro soplo embalsama,  
Y en cuyo ambiente de vida  
Mi corazón se restaura:

Por esos campos felices,  
Que nunca el cierzo maltrata,  
Y cuya pompa perenne  
Melifluos sinsontes cantan.

Esos campos do la ceiba  
Hasta las nubes levanta  
De su copa el verde todo,  
Que grato frescor derrama:

Donde el cedro y la caoba  
Confunden sus grandes ramas,  
Y el yarey y el cocotero  
Sus lindas pencas enlazan

Donde el naranjo y la piña  
Vierten al par su fragancia;  
Donde responde sonora  
A vuestros besos la caña;

Donde ostentan los cafetos  
Sus flores de filigrana,  
Y sus granos de rubíes  
Y sus hojas de esmeraldas.

Llevadlos por esos bosques  
Que jamás el sol traspasa,  
Y a cuya sombra poética,  
Do refrescáis vuestras alas,

Se escucha en la siesta ardiente  
-Cual vago conciento de hadas  
La misteriosa armonía  
De árboles, pájaros, aguas,

Que en soledades secretas,  
Con ignotas concordancias,  
Susurran, trinan, murmuran,  
Entre el silencio y la calma.

Llevadlos por esos montes,  
De cuyas vírgenes faldas

Se desprenden mil arroyos  
En limpias ondas de plata.

Llevadlos por los vergeles,  
Llevadlos por las sabanas  
En cuyo inmenso horizonte  
Quiero perder mis miradas.

¡Llevadlos férvidos, puros,  
Cual de mi seno se exhalan  
-Aunque del labio el acento  
A formularlos no alcanza,

Desde la punta Maisí  
Hasta la orilla del Mantua;  
Desde el pico de Tarquino  
A las costas de Guanaja!

Doquier los oiga ese cielo,  
Al que otro ninguno iguala,  
Y a cuya luz, de mi mente  
Revivir siento la llama:

Doquier los oiga esta tierra  
De juventud coronada,  
Y a la que el sol de los trópicos  
Con rayos de amor abrasa:

Doquier los hijos de Cuba  
La voz oigan de esta hermana,  
Que vuelve al seno materno  
-Después de ausencia tan larga

Con el semblante marchito  
Por el tiempo y la desgracia,  
Mas de gozo henchido el pecho,  
De entusiasmo ardiendo el alma.

Pero ¡ah! decidles que en vano  
Sus ecos le pido a mi arpa;  
Pues sólo del corazón  
Los gritos de amor se arrancan.

A UN COCUYO

Dime, luz misteriosa,  
Que ante mis ojos vagas,  
Y mi interés despiertas,  
Y mi vigilia encantas,

¿Eres quizás del cielo  
Lumbrera destronada,  
Que por la tierra mísera  
Peregrinando pasas?

¿Eres un genio o silfo  
De nuestra virgen patria,  
Que de su joven vida  
Contienes la ígnea savia?

¿Eres de un ser querido  
Quizás errante ánima,  
Que a demandarme vienes  
Recuerdos y plegarias;

O bien fulgente chispa  
De las brillantes alas  
Con que sostiene al triste  
La célica esperanza?

No sé; mas cuando luces  
Hermosa a mis miradas,  
De tropicales noches  
En la solemne calma,

-Ya exhalación perdida  
Cruces la esfera diáfana,  
Ya cual la brisa juegues  
Meciéndote en las cañas;

Ya cual diamante puro  
Te engastes en las palmas,  
Cuyo susurro imitas,  
Cuyo verdor esmaltas;-

Paréceme que siento  
Revelación extraña  
De místicos amores  
Entre tu brillo y mi alma.

Paréceme que existen  
Secretas concordancias  
Entre el afán que oculto  
Y entre el fulgor que exhalas.

¡Oh, pues, lucero o silfo,  
Ánima o genio, lanza  
Más vívidos destellos  
Mientras mi voz te canta!

Los sones de mi ¡ira,  
Las chispas de tu llama,  
Confúndanse y circulen  
Por montes y sabanas,

Y suban hasta el cielo  
Del campo en la fragancia,  
Allá do las estrellas  
Simpáticas los llaman

¡Allá do el trono asienta  
El que comprende y tasa  
De toda luz la esencia,  
De todo afán la causa!

A ÉL

No existe lazo ya: todo está roto:  
Plúgole al cielo así: ¡bendito sea!  
Amargo cáliz con placer agoto:  
Mi alma reposa al fin: nada desea.

Te amé, no te amo ya: piénsolo al menos:  
¡Nunca, si fuere error, la verdad mire!  
Que tantos años de amarguras llenos  
Trague el olvido; el corazón respire.

Lo has destrozado sin piedad: mi orgullo  
Una vez y otra vez pisaste insano...  
Mas nunca el labio exhalará un murmullo  
Para acusar tu proceder tirano.

De graves faltas vengador terrible,  
Dócil llenaste tu misión: ¿lo ignoras?

No era tuyo el poder que irresistible  
Postró ante ti mis fuerzas vencedoras.

¡Quísole Dios y fue: gloria a su nombre!  
Todo se terminó: recobro aliento:  
¡Ángel de las venganzas! ya eres hombre  
Ni amor ni miedo al contemplarte siento.

Cayó tu cetro, se embotó tu espada...  
Mas ¡ay! ¡cuán triste libertad respiro!  
Hice un mundo de ti, que hoy se anonada,  
Y en honda y vasta soledad me miro.

¡Vive dichoso tú! Si en algún día  
Ves este adiós que te dirijo eterno,  
Sabe que aún tienes en el alma mía  
Generoso perdón, cariño tierno.

A ÉL

En la aurora lisonjera  
De mi juventud florida,  
En aquella edad primera  
-Breve y dulce primavera,  
De tantas flores vestida-

Recuerdo que cierto día  
Vagaba con lento paso  
Por una floresta umbría,  
Mientras que el sol descendía  
Melancólico a su ocaso.

Mi alma -que el campo enajena-  
Se agitaba en vago anhelo,  
Y en aquella hora serena  
-De místico encanto llena  
Bajo del tórrido cielo-

Me pareció que el sinsonte  
Que sobre el nido piaba;  
Y la luz que acariciaba  
La parda cresta del monte,  
Cuando apacible espiraba;

Y el céfiro, que al capullo  
Suspiros daba fugaz;  
Y del arroyo el murmullo,  
Que acompañaba el arrullo  
De la paloma torcaz;

Y de la oveja el balido,  
Y el cántico del pastor,  
Y el soñoliento rumor  
Del ramaje estremecido  
¡Todo me hablaba de amor!

Yo -temblando de emoción-  
Escuché con tanto tal,  
Y en cada palpitación  
Comprendí que el corazón  
Llamaba a un ser ideal.

Entonces ¡ah! de repente,  
-No como sombra de un sueño,  
Sino vivo, amante, ardiente  
Se presentó ante mi mente  
El que era su ignoto dueño.

Reflejaba su mirada  
El azul del cielo hermoso;  
No cual brilla en la alborada,  
Sino en la tarde, esmaltada  
Por tornasol misterioso.

Ni hercúlea talla tenía,  
Mas esbelto -cual la palma-  
Su altiva cabeza erguía,  
Que alumbrada parecía  
Por resplandores del alma.

Yo, en profundo arrobamiento,  
De su hálito los olores  
Cogí en las alas del viento,  
Mezclado con el aliento  
De las balsámicas flores;

Y hasta su voz percibía  
-Llena de extraña dulzura-  
En toda aquella armonía  
Con que el campo despedía

Del astro rey la luz pura.

¡Oh alma! di: ¿quién era aquel  
Fantasma amado y sin nombre?  
¿Un genio? ¿un ángel? ¿un hombre?  
¡Ah! lo sabes! era él;  
Que su poder no te asombre.

Volaban los años, y yo vanamente  
Buscando seguía mi hermosa visión...  
Mas dio al fin la hora; brillar vi tu frente,  
Y «es él», dijo al punto mi fiel corazón.

Porque era, no hay duda, tu imagen querida,  
-Que el alma inspirada logró adivinar-  
Aquella que en alba feliz de mi vida  
Miré para nunca poderla olvidar.

Por ti fue mi dulce suspiro primero;  
Por ti mi constante, secreto anhelar  
Y en balde el destino -mostrándose fiero-  
Tendió entre nosotros las olas del mar.

Buscando aquel mundo que en sueños veía,  
Surcolas un tiempo valiente Colón  
Por ti -sueño y mundo del ánima mía-  
También yo he surcado su inmensa extensión.

Que no tan exacta la aguja al marino  
Señala el lucero que lo ha de guiar,  
Cual fija mi mente marcaba el camino  
De hallar de mi vida la estrella polar.

Mas ¡ay! yo en mi patria conozco serpiente  
Que ejerce en las aves terrible poder...  
Las mira, les lanza su soplo atrayente,  
Y al punto en sus fauces las hace caer.

¿Y quién no ha mirado gentil mariposa  
Siguiendo la llama que la ha de abrasar?  
¿quién a la fuente no vio presurosa  
Correr a perderse sin nombre en el mar?

¡Poder que me arrastras! ¿Serás tú mi llama?  
¿Serás mi océano? ¿mi sierpe serás?  
¿Qué importa? Mi pecho te acepta y te ama,

Ya vida, ya muerte le aguarde detrás.

A la hoja que el viento potente arrebató,  
¿De qué le sirviera su rumbo inquirir?  
Ya la alce a las nubes, ya al cieno la abata,  
Volando, volando le habrá de seguir.

## SONETO

(Imitando una oda de safo)

¡Feliz quien junto a ti por ti suspira!  
¡Quien oye el eco de tu voz sonora!  
¡Quien el halago de tu risa adora  
Y el blando aroma de tu aliento aspira!  
Ventura tanta -que envidioso admira

El querubín que en el empíreo mora-  
El alma turba, al corazón devora,  
Y el torpe acento, al expresarla, espira.  
Ante mis ojos desaparece el mundo,

Y por mis venas circular ligero  
El fuego siento del amor profundo.  
Trémula, en vano resistirte quiero...  
De ardiente llanto mi mejilla inundo,  
¡Deliro, gozo, te bendigo y muero!

## SIGNIFICADO DE LA PALABRA YO AMÉ

(Imitación de Parny)

Con yo amé dice cualquiera  
Esta verdad desolante:  
-Todo en el mundo es quimera,  
No hay ventura verdadera  
Ni sentimiento constante.-

Yo amé significa: -«Nada  
Le basta al hombre jamás:  
La pasión más delicada,  
La promesa más sagrada,

Son humo y viento ¡y no más!»

AL EXCMO. SR. DON PEDRO SABATER

(Poco después marido de la autora)

Con motivo de haberle enviado a ésta  
unos versos en que pretendía hacer su retrato  
La pintura que hacéis prueba evidente  
Es del hábil pincel que la ha trazado:  
En ella advierto creadora mente  
Y de entusiasta amor fuego sagrado.

Toques valientes, vivo colorido,

Dignidad de expresión, conjunto grato  
Todo es bello, ¡oh amigo! El parecido  
Sólo le falta a tan feliz retrato.

En vuestro genio, sí, no en el modelo,  
Esos rasgos halláis tan ideales,  
Que sólo al pensamiento otorga el cielo  
Engendrar en su luz bellezas tales.

Si como me pintáis, así os parece  
Verme, creed que a confusión me muevo;  
Pues tanto vuestra mente me engrandece,  
Que ni a mirarme como soy me atrevo.

Regio ropaje a su placer me viste  
Vuestra exaltada y rica fantasía,  
Y entre tanto fulgor no sé si existe  
Algo real de la sustancia mía.

¡Desdichada de mí si el tiempo alado  
Se lleva en pos el fúlgido atavío,  
Y halláis un día, atónito, turbado,  
El esqueleto descarnado y frío!...

En esta tierra de miseria y lloro  
Dispensad compasión, cariño tierno;  
Mas no gastéis tan pródigo el tesoro  
De admiración y amor que os dio el Eterno.

Lo que se cambia y envejece y pasa,  
Lo que se estrecha en límites mezquinos,  
No es nada para el alma -que se abrasa  
Anhelando de amor goces divinos.-

¿Ventura reclamáis de mí, que en vano  
Tras de su sombra consumí mi brío?...  
¡A mí, del polvo mísero gusano,  
Que de mi propia mezquindad me río!

Queréis volar, y os arrastráis despacio,  
Y en pobre cieno vuestro afán se abisma  
¡Salid, salid del tiempo y del espacio  
Y traspasad vuestra esperanza misma!

Yo, como vos, para admirar nacida;  
Yo, como vos, para el amor creada;  
Por admirar y amar diera mi vida...  
Para admirar y amar no encuentro nada.

Siempre el límite hallé: siempre, doquiera,  
La imperfección en cuanto toco y veo  
No juzgo al universo una quimera,  
porque en él busco a Dios, porque en Dios creo.

Tú eres, ¡Señor!, belleza y poesía;  
Tú solo, amor, verdad, ventura y gloria;  
Todo es, mirado en Ti, luz y armonía;  
Todo es, fuera de Ti, sombra y escoria.

¡Oh, desdichado quien -de juicio escaso-  
Hallar la dicha en lo finito intente  
Quien en turbio licor y estrecho vaso  
Quiera apagar la sed que interna siente!

No así jamás os profanéis, ¡oh amigo!  
No en esas aras de vuestra alma bella  
ídolo vano alcéis, que yo os predigo  
Que con desdén y horror lo hundirá ella.

Queredme bien, compadecedme y hasta:  
No apreciéis cual diamante humilde arcilla:  
Dadle el tesoro que jamás se gasta  
A Aquel que siempre permanece y brilla.

Yo no puedo sembrar de eternas flores

La senda que corréis de frágil vida;  
Pero si en ella recogéis dolores,  
Un alma encontraréis que los divida.

Yo pasaré con vos por entre abrojos;  
El uno al otro apoyo nos daremos;  
Y ambos, alzando al cielo nuestros ojos,  
Allá la dicha y el amor busquemos.

¿Qué más podéis pedir? ¿Qué más pudiera  
Ofrecer con verdad mi pobre pecho?  
Ternura os doy con efusión sincera  
¡De mi ídolo el altar ya está deshecho!

No igual suerte me deis, ¡oh, vos, que en esta  
Tierra de maldición sois mi consuelo!  
¡No me queráis alzar ara funesta!  
¡No me pidáis en el destierro el cielo!

Vedme cual soy en mí, no en vuestra mente,  
Bien que el retrato destrocéis con ira;  
Que, aunque cual creación brille eminente,  
Vale más la verdad que la mentira.

### Elegía I

(Después de la muerte de mi marido)

Otra vez llanto, soledad, tinieblas...  
¡Huyó cual humo la ilusión querida!  
¡La luz amada que alumbró mi vida  
Un relámpago fue!

Brilló para probar sombra pasada;  
Brilló para anunciar sombra futura;  
Brilló para morir... y en noche oscura  
Para siempre quedé.

Tras luengos años de tormenta ruda  
Comenzaba a gozar benigna calma;  
Mas ¡ay! que sólo por burlar el alma  
La abandonó el dolor.

Así la pérfida alimaña finge

Que a su presa infeliz escapar deja,  
Y con las garras extendidas, ceja  
Para asirla mejor.

El que ayer era mi sostén y amparo,  
Hoy de la muerte es mísero trofeo  
¡Por corona nupcial me dio Himeneo  
Mustio y triste ciprés!

De juventud, de amor, de fuerza henchido,  
Su porvenir ¡cuán vasto parecía...  
Mas la mañana terminó su día:  
¡Ya del tiempo no es!

Nada me resta, ¡oh Dios! Sus rotas alas  
Pliega gimiendo mi esperanza bella  
Hoy sus decretos el destino sella;  
Ya irrevocables son.

Al golpe atroz que me desgarró el pecho  
Quizás mi pobre vida no sucumba;  
Mas con los restos que tragó esa tumba  
Se hunde mi corazón.

¡Alma noble y amante! tú, ante el trono  
De la infinita paternal clemencia,  
Por la que fue mitad de tu existencia  
¡Pide, pide piedad!

Baje un rayo de luz que alumbre mi alma  
En este abismo de pavor profundo,  
Hasta que pueda abandonar del mundo  
La inmensa soledad!

## ELEGÍA II

Cánticos de tus vírgenes sagradas,  
Que de tu amor proclaman las dulzuras,  
Son esas voces que de unción colmadas,  
Llegan al corazón graves y puras.

Tu soberana mano ¡Ser eterno!  
Me ha conducido a tan amable asilo:  
Yo reconozco tu favor paterno

Y empieza el pecho a respirar tranquilo.

Permite, pues, que al religioso coro  
Hoy se asocie, aunque indigna, la voz mía:  
Cubierta de ciprés mi lira de oro,  
Para alabarte aún hallará armonía.

De tu justicia el formidable azote  
En mí se ensangrentó por tiempo largo;  
Mas si lo quieres tú, que el labio agote  
Del cáliz de la vida el dejo amargo.

Prolongue a su placer mi senda triste  
Tu providencia inescrutable y alta;  
Que si la fe de tu bondad me asiste,  
Vigor para sufrir nunca me falta

Rompes mis lazos cual estambres leves;  
Cuanto encumbra mi amor tu mano aterra;  
Tú haces, Señor, exhalaciones breves  
Las esperanzas que fundé en la tierra.

Así, lo sé, tu voluntad me intima  
Que sólo busque en Ti sostén y asiento;  
Que cuanto el hombre en su locura estima  
Es humo y polvo que dispersa el viento.

Mas no condenes, ¡ah! que acerbo llanto  
Riegue ese polvo que me fue querido  
Bendiciendo mi voz tu fallo santo,  
Deja gemir al corazón herido.

El alma que a tu seno encumbró el vuelo,  
Obedeciendo a tu querer, Dios mío,  
Por toda herencia me dejó en el suelo  
Ese sepulcro silencioso y frío.

Y ni ese triste bien permite el hado  
Pueda yo siempre custodiar amante  
Bajo extranjero cielo abandonado  
Lo he de dejar, para gemir distante.

¡Oh esposas de Jesús! Cuando aquel llegue  
Forzoso instante de la ausencia impía,  
Permitid ¡ay! que ese sepulcro os legue,

Y en él al corazón que os lo confía.

Ya lo purificó la desventura,  
Y vuestro puro afecto lo embalsama:  
No olvidéis, pues, que en esa sepultura  
Velando queda un corazón que os ama.

Y tú, ¡Señor! que entre tus hijas santas  
Hoy me toleras con piedad benigna,  
Acepta con sus himnos a tus plantas  
Las bendiciones de tu sierva indigna.

## MI MAL

(Soneto)

En vano ansiosa tu amistad procura  
Adivinar el mal que me atormenta;  
En vano, amigo, conmovida intenta  
Revelarlo mi voz a tu ternura.

Puede explicarse el ansia, la locura  
Con que el amor sus fuegos alimenta...  
Puede el dolor, la saña más violenta,  
Exhalar por el labio su amargura...

Mas de decir mi malestar profundo,  
No halla mi voz, mi pensamiento medio,  
Y al indagar su origen me confundo:

Pero es un mal terrible, sin remedio,  
Que hace odiosa la vida, odioso el mundo,  
Que seca el corazón... ¡En fin, es tedio!

## EPITAFIO

Para grabarse en la tumba de un escéptico

(Imitación de Parny)

Tuvo el que yace aquí cordura extrema:  
Para evitar error dudó de todo:

La existencia de Dios puso en problema,  
Y -dudando vivir- vivió a su modo.  
Cansado al fin de caos tan profundo,  
Huyó por esta puerta diligente,  
Para ir a preguntar al otro mundo  
Lo que en éste creer cuadra al prudente.

## A LA LUNA

Tú, que rigiendo de la noche el carro,  
Sus sombras vistas de cambiantes bellos,  
Dando entre nubes -que en silencio arrollas-  
Puros destellos,

Para que mi alma te bendiga y ame,

Cubre veloz tu lámpara importuna...  
Cuando eclipsada mi ventura lloro,  
¡Vélate, luna!

Tú, que mis horas de placer miraste,  
Huye y no alumbres mi profunda pena  
No sobre restos de esperanzas muertas  
Brilles serena.

Pero ¡no escuchas! Del dolor al grito  
Sigues tu marcha majestuosa y lenta,  
Nunca temiendo la que a mí me postra,  
Ruda tormenta.

Siempre de infausto sentimiento libre,  
Nada perturba tu sublime calma  
Mientras que uncida de pasión al yugo,  
Rómpese mi alma.

Si parda nube de tu luz celosa  
Breve momento sus destellos vela,  
Para lanzarla de tu excelso trono  
Céfiro vuela.

Vuela, y de nuevo tu apacible frente  
Luce, y argenta la extensión del cielo  
¡Nadie ¡ay! disipa de mi pobre vida  
Sombras de duelo!

Bástete, pues, tan superior destino;  
Con tu belleza al trovador inflama;  
Sobre los campos y las gayas flores  
Perlas derrama;

Pero no ofendas insensible a un pecho  
Para quien no hay consolación ninguna  
Cuando eclipsada mi ventura lloro,  
¡Vélate, luna!

## LA NOCHE DE INSOMNIO Y EL ALBA

(Fantasía)

Noche  
Triste  
Viste  
Ya,  
Aire,  
Cielo,  
Suelo,  
Mar.  
Brindándole  
Al mundo  
Profundo

Solaz,  
Derraman  
Los sueños

Beleños  
De paz;

Y se gozan  
En letargo,  
Tras el largo  
Padecer,

Los heridos  
Corazones,  
Con visiones  
De placer.  
Mas siempre velan

Mis tristes ojos;  
Ciñen abrojos  
Mi mustia sien;

Sin que las treguas  
Del pensamiento  
A este tormento  
Descanso den.

El mudo reposo  
Fatiga mi mente;  
La atmósfera ardiente  
Me abrasa doquier;

Y en torno circulan  
Con rápido giro  
Fantasmas que miro  
Brotar y crecer.

¡Dadme aire! Necesito  
De espacio inmensurable,  
Do del insomnio al grito  
Se alce el silencio y hable!

Lanzadme presto fuera  
De angostos aposentos...  
¡Quiero medir la esfera!  
¡Quiero aspirar los vientos!

Por fin dejé el tenebroso  
Recinto de mis paredes  
Por fin, ¡oh espíritu!, puedes  
Por el espacio volar

Mas, ¡ay!, que la noche oscura,  
Cual un sarcófago inmenso,  
Envuelve con manto denso  
Calles, campos, cielo, mar.

Ni un eco se escucha, ni un ave  
Respira, turbando la calma;  
Silencio tan hondo, tan grave,  
Suspende el aliento del alma.

El mundo de nuevo sumido  
Parece en la nada medrosa;

Parece que el tiempo rendido  
Plegando sus alas reposa.

Mas ¡qué siento! ¡Balsámico ambiente  
Se derrama de pronto!... El capuz  
De la noche rasgando, en Oriente  
Se abre paso triunfante la luz.

¡Es el alba! Se alejan las sombras,  
Y con nubes de azul y arrebol  
Se matizan etéreas alfombras,  
Donde el trono se asiente del sol.

Ya rompe los vapores matutinos  
La parda cresta del vecino monte;  
Ya ensaya el ave sus melifluos trinos;  
Ya se despeja inmenso el horizonte.

Tras luenga noche de vigilia ardiente  
Es más bella la luz, más pura el aura  
¡Cómo este libre y perfumado ambiente  
Ensancha el pecho, el corazón restaura!

Cual virgen que el beso de amor lisonjero  
Recibe agitada con dulce rubor,  
Del rey de los astros al rayo primero  
Natura palpita bañada de albor.

Y así, cual guerrero que oyó enardecido  
De bélica trompa la mágica voz,  
Él lanza impetuoso, de fuego vestido,  
Al campo del éter su carro veloz.

¡Yo palpito, tu gloria mirando sublime,  
Noble autor de los vivos y varios colores!  
¡Te saludo si puro matizas las flores!  
¡Te saludo si esmaltas fulgente la mar!

En incendio la esfera zafírea que surcas,  
Ya convierte tu lumbre radiante y fecunda,  
Y aún la pena que el alma destroza profunda,  
Se suspende mirando tu marcha triunfal.

¡Ay! de la ardiente zona do tienes almo asiento,  
Tus rayos a mi cuna lanzaste abrasador  
¡Por eso en ígneas alas remonto el pensamiento,

Y arde mi pecho en llamas de inextinguible amor!

Mas quiero que tu lumbre mis ansias ilumine,  
Mis lágrimas reflejen destellos de tu luz,  
y sólo cuando yerta la muerte se avecine  
La noche tienda triste su fúnebre capuz.

¡Qué horrible me fuera, brillando tu fuego fecundo,  
Cerrar estos ojos, que nunca se cansan de verte;  
En tanto que ardiente brotase la vida en el mundo,  
Cuajada sintiendo la sangre por hielo de muerte!

¡Horrible me fuera que al dulce murmurio del aura,  
Unido mi ronco gemido postrero sonase;  
Que el plácido soplo que al suelo cansado restaura,  
El último aliento del pecho doliente apagase!

¡Guarde, guarde la noche callada sus sombras de duelo,  
hasta el triste momento del sueño que nunca termina;  
Y aunque hiera mis ojos, cansados por largo desvelo,  
Dale, ¡oh sol! a mi frente, ya mustia, tu llama divina!

Y encendida mi mente inspirada, con férvido acento  
-Al compás de la lira sonora- tus dignos loores  
Lanzará, fatigando las alas del rápido viento,  
A do quiera que lleguen triunfantes tus sacros fulgores!

## LOS DUENDES

(Imitación de Víctor Hugo)

E como i gru van cantando lor lai  
Facendo in aer di se lunga riga;  
Cosi vid'io venir traendo guai  
Ombra portate d'alla de-tta briga.  
-DANTE

Palacios y chozas,  
Campos y ciudad,  
Brutos, aves, hombres,  
Todo duerme ya;

Que cubren las sombras

Del cielo la faz,

Y guardan silencio  
Los vientos y el mar.

Sólo un rumor se percibe,  
Vago, débil y fugaz  
El aliento de la noche,  
Que llena la inmensidad;

Y cual un alma se queja  
Perseguida sin cesar  
Por una llama invisible  
De la región infernal.

Mas crece el rumor... sí, ¡crece,  
Y ninguno fue jamás  
Tan importuno y extraño,  
Tan pavoroso y tenaz!

Ya parece de los búhos  
La horrible voz sepulcral;  
Ya de un inmenso gentío  
El confuso respirar;

Ya fatídica campana  
vibrando en la oscuridad,  
Cuyos sonidos mil ecos  
Repitiendo en torno van.

Pero no; cual cascabeles  
Que mueve mano vivaz,  
Que inarmónicos sonos  
Oigo en los aires vagar.

Ora se cambian... podría  
Presumirse, que a compás  
Bailan niños juguetones  
Sobre rollos de cristal,

Que se chocan, que se quiebran,  
Que saltan acá y allá,  
Revolviéndose en fragmentos  
Con un ruido sin igual.

Son, ¡oh cielo! son los duendes,  
Que enemigos de mi paz  
Cada noche, en turba inmensa,

Visitan mi soledad.

Son los duendes, que mi insomnio  
Parece siempre evocar,  
Para burlarme, aturdirme,  
Volverme loca quizás.

¡Ay! mi lámpara se extingue,  
Y oigo al enjambre fatal  
Que en confuso tropel cruza,  
Surcando la inmensidad!

¡El techo retiembla  
Sobre mí agitado!  
¡Cual pino quemado  
Lo escucho crujir!

¡La viga se dobla  
Como junco blando!  
¡La puerta, girando,  
Se comienza a abrir!

¡Los goznes mohosos  
Rechinan con ruido!  
¡Con bronco estallido  
Se parte el dintel!

¡Y veo entre nubes  
De impuros vapores,  
De extraños colores  
Confuso tropel!

La horrible falange  
Forma batallones.  
Vampiros, dragones  
Vuelan en montón,  
Y pasan lanzando  
Gemidos dolientes  
¡Sus alas rugientes  
Les presta Aquilón!

Acaso ¡ay! se posen  
Sobre mi morada,  
Ceda desquiciada  
La antigua pared,  
Y al impulso rueda

De la horda maldita,  
Cual hoja marchita  
Del viento a merced.

¡Oh Musa! si tu mano  
Me ofrece libertad,  
Prosternaré mi frente  
Delante de tu altar.  
De estos hijos impuros  
De la noche fatal,  
Sálvame compasiva,  
Sálvame por piedad!

Haz que en vano sus alas,  
Con capricho tenaz,  
De mis viejos balcones  
Azoten el cristal,  
Y cerradas mis puertas  
No dejen penetrar  
El aliento maldito  
De su boca infernal.

¡Ah! pasaron! las cohortes  
Huyen ya, de furor llenas  
Mas en los aires cadenas  
Aún me parecen crujir.  
Allá al remoto horizonte  
La horrible cuadrilla avanza,  
Y se escucha en lontananza  
De sus alas el batir.

Bajo su vuelo impetuoso  
Tiemblan las selvas vecinas,  
Doblándose las encinas,  
Removida su raíz.  
¡Cómo en torno de la luna  
Dibujan faja sangrienta,  
Y en las nubes, que ella argenta,  
Forman extraño matiz!

Mas ya las rasgan -huyendo-  
Mis enemigos veloces...  
Ya sus discordantes voces  
Apenas puedo escuchar;  
Siendo el ruido tan confuso,  
A proporción que se aleja,

Que imita de la corneja  
El fatídico graznar,

Y del granizo el sonido  
Cayendo en un viejo techo,  
O bien rodando deshecho  
Desde elevada canal.  
Pero más dulce se torna  
Ya es de una fuente el murmullo  
Ya el melancólico arrullo  
De la tórtola leal

Ya de piadosa plegaria  
Es la sílaba postrera...  
Ya de la ola, en la ribera,  
El espirante rumor  
O es el aura -que en las ramas  
Juega con vuelo liviano-  
O acaso el eco lejano  
Del insomne ruiseñor.

Todo cesa...  
Ningún ruido  
A mi oído  
Llega ya;  
Todo calla,  
Y el reposo  
Silencioso  
Tornará.

Ya benigno  
Vierte el sueño  
Su beleño  
Por mi sien,  
Y en sosiego  
Tan profundo  
Duerme el mundo...  
¡Y yo también!

## EL RECUERDO IMPORTUNO

(Soneto)

¿Serás del alma eterna compañera,

Tenaz memoria de veloz ventura?  
¿Por qué el recuerdo interminable dura,  
Si el bien pasó cual ráfaga ligera?

¡Tú, negro olvido, que con hambre fiera  
Abres ¡ay! sin cesar tu boca oscura,  
De glorias mil inmensa sepultura  
Y del dolor consolación postrera!

Si a tu vasto poder ninguno asombra,  
Y al orbe riges con tu cetro frío,  
¡Ven! que su dios mi corazón te nombra.

¡Ven y devora este fantasma impío,  
De pasado placer pálida sombra,  
De placer por venir nublo sombrío!

## A LA LUNA

(Imitación de Byron)

¡Sol del que triste vela!  
¡Astro de lumbre fría,  
Cuyos trémulos rayos, de la noche  
Para mostrar las sombras sólo brillan!

¡Oh, cuánto te semejas  
De la pasada dicha  
Al pálido recuerdo, que del alma  
Sólo hace ver la soledad sombría!

Reflejo de una llama  
Ya oculta o extinguida,  
Llena la mente, pero no la enciende;  
Vive en el alma, pero no la anima.

Descubre, cual tú, sombras  
Que esmalta y acaricia;  
Y como a ti, tan sólo la contempla  
El dolor mudo en férvida vigilia.

## AL DESTINO

Escrito estaba, sí: se rompe en vano  
Una vez y otra la fatal cadena,  
Y mi vigor por recobrar me afano.  
Escrito estaba: el cielo me condena  
A tornar siempre al cautiverio rudo,  
Y yo obediente acudo,  
Restaurando eslabones  
Que cada vez más rígidos me oprimen;  
Pues del yugo fatal no me redimen  
De mi altivez postreras convulsiones.

¡Heme aquí! ¡Tuya soy! ¡Dispón, destino,  
De tu víctima dócil! Yo me entrego  
Cual hoja seca al raudo torbellino  
Que la arrebatara ciego.

¡Tuya soy! ¡Heme aquí! ¡Todo lo puedes!  
Tu capricho es mi ley: sacia tu saña...  
Pero sabe, ¡oh cruel!, que no me engaña  
La sonrisa falaz que hoy me concedes.

Las contradicciones

(Imitación de Tetrarca)

Soneto

No encuentro paz, ni me permiten guerra;  
De fuego devorado, sufro el frío;  
Abrazo un mundo, y quédome vacío;  
Me lanzo al cielo, y préndeme la tierra.

Ni libre soy, ni la prisión me encierra;  
Veo sin luz, sin voz hablar ansío;  
Temo sin esperar, sin placer río;  
Nada me da valor, nada me aterra.

Busco el peligro cuando auxilio imploro;  
Al sentirme morir me encuentro fuerte;  
Valiente pienso ser, y débil lloro.

Cúmplese así mi extraordinaria suerte;  
Siempre a los pies de la beldad que adoro,  
Y no quiere mi vida ni mi muerte.

## A UNA JOVEN MADRE

(En la pérdida de su hijo)

¿Por qué lloras ¡oh Emilia! con dolor tanto?  
-¡Ay! he perdido al ángel que era mi encanto...  
Ni aun leves huellas  
Dejaron en el mundo sus plantas bellas.

-Te engañas, joven madre; templa tu duelo;  
Que ese ángel -aunque libre remonta el vuelo-  
Te sigue amante  
Doquiera que dirijas tu paso errante.

¿No admiras, cuando baña la tibia esfera  
Del alba sonrosada la luz primera,  
Con qué armonía  
Cielo y tierra saludan al nuevo día?

Pues sabe, joven madre, que cada aurora  
Por las manos de un ángel su faz colora,  
Y aquel conceso  
Se lo enseña a natura su dulce acento.

Cuando del sol el rayo postrero expira,  
¿No escuchas un suspiro que en torno gira,  
Y un soplo leve  
No acaricia tu rostro, tus rizos mueve?

Pues dicen, joven madre, que en cada tarde  
Hay un ángel que el rayo postrero guarde;  
Y es su sonrisa  
La que te llega en alas de fresca brisa.

En el silencio grave de la alta noche,

Cuando la luna oculta su lento coche,  
¿Ves blanca estrella  
Que trémula en tu frente su luz destella?

Pues oye, joven madre: las almas puras  
Viajan por esos astros de las alturas;  
Y es su mirada  
La que a halagarte llega dulce y callada.

Aun ora, que me escuchas, ¿pierde tu oído  
Cierta eco misterioso, que al mío unido,  
Vierte en tu alma  
Bálsamo delicioso, que su afán calma?...

Pues mira, joven madre, dolor tan rudo  
Sólo un ángel celeste consolar pudo,  
Y oigo al que dice:  
«No llores más, no llores yo soy felice!»

## ROMANCE

Contestando a otro de una señorita

No soy maga ni sirena,  
Ni querub ni pitonisa,  
Como en tus versos galanos  
Me llamas hoy, bella niña.

Gertrudis tengo por nombre,  
Cual recibido en la pila;  
Me dice Tula mi madre,  
Y mis amigos la imitan.

Prescinde, pues, te lo ruego,  
De las Safos y Corinas,  
Y simplemente me nombra  
Gertrudis, Tula o amiga.

Amiga, sí; que aunque tanto  
Contra tu sexo te indignas,  
Y de maligno lo acusas  
Y de envidioso lo tildas,

En mí pretendo probarte  
Que hay en almas femeninas,  
Para lo hermoso entusiasmo,  
Para lo bueno justicia.

Naturaleza madrastra  
No fue (lo ves en ti misma)  
Con la mitad de la especie  
Que la razón ilumina.

No son las fuerzas corpóreas  
De las del alma medida,  
No se encumbra el pensamiento  
Por el vigor de las fibras.

Perdona, pues, si no acato  
Aquel fallo que me intimas;  
Como no acepto el elogio  
En que lo envuelves benigna.

No, no aliento ambición noble,  
Como engañada imaginas,  
De que en páginas de gloria  
Mi humilde nombre se escriba.

Canto como canta el ave,  
Como las ramas se agitan,  
Como las fuentes murmuran,  
Como las auras suspiran.

Canto porque al cielo plugo  
Darme el estro que me anima;  
Como dio brillo a los astros,  
Como dio al orbe armonías.

Canto porque hay en mi pecho  
Secretas cuerdas que vibran  
A cada afecto del alma,  
A cada azar de la vida.

Canto porque hay luz y sombras,  
Porque hay pesar y alegría,  
Porque hay temor y esperanza,  
Porque hay amor y hay perfidia.

Canto porque existo y siento,  
Porque lo bello me admira,  
Porque lo bello me encanta,  
Porque lo malo me irrita.

Canto porque ve mi mente

Concordancias infinitas,  
Y placeres misteriosos,  
Y verdades escondidas.

Canto porque hay en los seres  
Sus condiciones precisas:  
Corre el agua, vuela el ave,  
Silba el viento, y el sol brilla.

Canto sin saber yo propia  
Lo que el canto significa,  
Y si al mundo, que lo escucha,  
Asombro o lástima inspira.

El ruiseñor no ambiciona  
Que lo aplaudan cuando trina  
Latidos son de su seno  
Sus nocturnas melodías.

Modera, pues, tu alabanza,  
Y de mi frente retira  
La inmarchitable corona  
Que tu amor me pronostica.

Premiando nobles esfuerzos,  
Sienes más heroicas ciña;  
Que yo al cantar solo cumplo  
La condición de mi vida.

## LA CLEMENCIA

Heureux le Prince emplí de pieuses pensés.  
—VICTOR HUGO

Iba tendiendo su luctuoso manto  
La noche oscura y fría,  
Sin que templase un tanto  
La opacidad de la región vacía,  
El rayo de la luna macilento

Ni el trémulo fulgor de las estrellas;  
Pues, cual rastro sangriento,  
De un sol de invierno las rojizas huellas  
Surcaban sólo el negro firmamento.

Tristes también las calles parecían  
De la opulenta villa coronada,  
Do circulando multitud callada,  
Sólo semblantes serios se veían,  
Que presentir hacían  
Algún grave suceso,  
Pronto explicado por las roncadas voces  
Que esparcieron veloces  
Por el gentío espeso  
Los vendedores de volantes hojas,  
Gritando por doquier: «Causa y sentencia  
»Del coronel Rengifo y compañeros,  
»Que a los rayos primeros  
»Del nuevo sol terminan su existencia.»

Pasan de mano en mano  
Los públicos papeles,  
Y -aunque no haya quizá pechos crueles  
Que al contemplar destino tan tirano  
Puedan negar a los dolientes reos,  
Víctimas de políticos errores,  
Un suspiro, una lágrima piadosa-  
Siguen los transeúntes sus paseos,  
Su fúnebre pregón los vendedores,  
Y la noche su marcha silenciosa.

Las horas vuelan entre tanto; cesa  
La agitación del mundo,  
Y entre la sombra espesa  
Do el silencio por fin reina profundo,  
Derramando narcótico beleño  
-Que a descansar convida  
De los rudos afanes de la vida-  
Desciende en alas de la noche el sueño.  
Mas, ¡ah!, tan honda calma  
No aduerme, no, pesares sin consuelo  
-Que apenas puede resistir el alma,  
Y en su prisión austera  
Gimen los tristes que el postrer desvelo  
Sufriendo están en el infausto suelo  
Donde el sepulcro abierto les espera.

Vida y vigor devolverá a natura  
La claridad febea,  
Y ellos en la luz pura  
Sólo verán su funeraria tea

¡Oh! ¿Qué pincel tan fúnebres colores  
Puede tener, que alcance  
A bosquejar siquiera los dolores  
Que así cercanos al tremendo trance  
De cada cual el corazón devora?  
No sólo ve la muerte, la vigilia  
-De espectros creadora-  
Presenta allí la mísera familia...  
La esposa, el padre, el hijo a quien adora!

¡Oh, pobre infante, cuya blanda cuna,  
De la esperanza nido,  
La pérfida fortuna  
-Que oyó propicia su primer vagido-  
Deja con luto de orfandad cubierta!...  
¡Oh, pobre infante, que en el pecho tierno  
Verá la herida abierta,  
Que de su vida con brotar eterno  
La senda regará triste y desierta!...

Mas ¿qué puedes hacer, padre infelice?  
¡Fuerza es morir!... Con pavorosos ecos  
Tu corazón lo dice...  
Y esa luz bella -que a tus ojos, secos  
Por insomnio cruel la aurora envía-  
Te lo dice también. Morir es fuerza;  
No esperes, no, que su guadaña tuerza,  
Piadosa a tu dolor, la parca impía.

Fuerza es dejar el hijo abandonado,  
La esposa desvalida,  
El padre desolado,  
¡Ay! y a la madre tierna, encanecida  
Por años de virtud. -De esa existencia,  
Que ella ha cuidado con afán prolijo,  
Infatigable amor, santa paciencia,  
¿Qué cuenta le darás, ¡funesto hijo!?  
¿Qué cuenta le darás en tu conciencia?...

.....  
Repentino rumor se eleva y crece  
En la mansión sombría:  
Crujiendo se estremece

La férrea puerta, que ostentar debía  
-Cual la del reino del eterno llanto  
Del rudo Dante la inscripción tremenda;

Y trémulos -en tanto  
Que abre a sus pasos la temida senda-

Los sentenciados, que entre mil dolores  
Por conservarse sin flaqueza luchan,  
Ya los redobles fúnebres escuchan  
Con que a morir los llaman los tambores.  
Llegó el instante, ¡oh Dios! -Pero ¿qué anuncia  
La voz que el nombre de Isabel pronuncia,  
Mientras cual bella aurora  
-Que las tristes tinieblas desvanece  
Y a los campos colora  
En la lóbrega estancia que ilumina,  
Tierna beldad de súbito aparece,  
Vertiendo luz de compasión divina,  
Que en sus azules ojos resplandece?...

¡Es ella! ¡Sí! ¡Miradla!... Pura y bella,  
De sus plantas reales  
Sienta la leve huella  
De la horrible capilla en los umbrales.  
El ángel santo de piedad la guía,  
La majestad del solio la acompaña,  
La siguen a porfía  
Las esperanzas y el amor de España,  
Y huye a su aspecto la discordia impía.  
¡Llega, virgen real! Tu planta imprime  
En la mansión del duelo  
Ejerce la sublime  
Prerrogativa que te otorga el cielo  
Perdona como él, y que la historia  
De los monarcas, con tu ejemplo egregio,  
Legue a tus sucesores la memoria  
De que -al usar tan noble privilegio-  
La diestra augusta que perdón concede  
Recoge en cambio gloria,  
Que a otra ninguna compararse puede.

La tuya, ¡oh Isabel!, la tuya hermosa  
En esos rostros mira,  
Do tu mano piadosa  
Secó el llanto cruel: ella respira  
En esas vidas que arrancó a la tumba  
Tu corazón magnánimo; se extiende  
En ese que retumba,

Víctor inmenso, que el espacio hiende,  
Y aún brilla en el cadalso que derrumba.

La tuya el laurel santo  
No hace nacer con riego  
De hirviente sangre y congojoso llanto,  
Sino de amor al fecundante fuego;  
Y el que la ensalza, sublimado canto,  
No es el que ensayo con humilde tono  
De mi lira en los sones;  
Sino el que se alza en tiernas bendiciones  
Hasta tu excelso trono.

Feliz en él por dilatados días  
Goza, joven augusta,  
Las santas alegrías  
Del poder bienhechor. La frente adusta  
De la justicia tu piedad suavice;  
Que el rigor nunca la nefanda tea  
De la venganza atice;  
Y justa siempre y perdurable sea  
La voz universal que hoy te bendice.

#### EL CANTO DE ALTABISCAR

Súbito se alza un grito en las montañas  
De los valientes euskaldunes. Presta  
Todo su oído el bravo echecho-jauna,  
Que de su noble hogar guarda la puerta.  
-¡Qué es eso!, exclama- y se levanta al punto  
Su perro fiel, irguiendo las orejas.

¡Escuchad! ¡Escuchad cual sus ladridos  
De Altabiscar en derredor resuenan!  
Pero un ruido mayor, más espantoso,  
Parte veloz de lo alto de Ibañeta,  
Y va, de monte en monte retumbando,  
A ensordecer las solitarias crestas.

¡Es la voz de un ejército que avanza!  
Otras mil, otras mil responden fieras,  
Del ronco cuerno al áspero sonido,  
Entre montes, peñascos y malezas.  
¡Los nuestros son! -El bravo echecho-jauna

Salta blandiendo la acerada flecha.

-¡Con él todos!... ¡Mirad! Sobre esas cimas  
Móvil bosque de lanzas centellea,  
Y en medio, sus colores ostentando,  
Majestuosas ondulan las banderas.  
¡Oh!... ¡Qué bajan!... ¡Qué vienen!... ¡Qué desfilan,  
Cual lobos a caer sobre su presa!...

¡Qué guerrero tropel!; Cuéntalos, mozo!  
-Diez... quince... veinte... veinticinco... treinta...  
¡Y otros tantos!... ¡Y cien!... Se pierde el número,  
Porque son más, señor, que las arenas.  
-¿Qué importa? Venid todos, ¡euskaldunes!  
De cuajo arrancaremos estas peñas,

Y sobre el vil enjambre de enemigos  
Las lanzarán nuestras nervudas diestras.  
¿Qué vienen a buscar a nuestros montes  
Esos hijos del Norte en son de guerra?  
¿Entre ellos y nosotros puso en balde  
El mismo Dios una muralla eterna?

¡Caiga sobre ellos, caiga desplomado  
Todo este monte, piedra sobre piedra!  
¡A una todos!... ¡Así! -Se anubla el aire;  
La tierra cruje; los peñascos ruedan;  
Jinetes y caballos confundidos  
Con sus despojos los breñales siembran;  
Y palpitan las carnes aplastadas,  
Chorros brotando, que en el suelo humean.

¡Cuántos huesos molidos!; Cuánta sangre,  
En la que el sol medroso reverbera!...  
-¡Huid si aún podéis, reliquias miserables!  
El que aún tiene bridón métale espuelas,  
Y corra como ciervo perseguido  
El que aún conserve para hacerlo fuerzas.

¡Huye con tu pendón, rey Carlo-Magno,  
Que el rico manto entre las zarzas dejas,  
Mientras el viento en remolinos barre  
De tu casco real las plumas negras!  
¿Qué aguardas? ¿A quién buscas? Tu sobrino,  
El que rival no tuvo en la pelea,  
Tu famoso Roldán, bravo entre bravos,

¡Allí tendido entre los muertos queda!  
Ya huyen veloces, ¡euskaldunes!... ¡Huyen!...  
¿Do sus lanzas están? ¿Do sus enseñas?

¡Cuál huyen!... ¡Oh! ¡Cuál huyen!... ¡Cuenta, mozo!  
¿Cuántos los vivos son que aún aquí restan?  
¿Veinte?... ¿quince?... ¿diez?... ¿ocho?... ¿siete?... ¿cinco?...  
-No, señor. -¿Cuatro?... ¿dos?...- ¡Ni uno siquiera!

Todo acabó. -Valiente echeco-jauna,  
Llama a tu perro; vuelve do te esperan  
Los tiernos hijos, la querida esposa,  
Y en tu cuerno de buey guarda las flechas;  
Que ya en el campo, herencia de tus padres,  
Puedes dormir tranquilo sobre de ellas.

¡Pronto la noche tenderá su manto,  
Y acudiendo de buitres nube espesa,  
Se cebarán en carnes machacadas,  
Esparciendo las blancas osamentas,  
Que en polvo convertidas por los siglos  
Darán abono a nuestra agreste tierra!

## AL ÁRBOL DE GUERNICA

Tus cuerdas de oro en vibración sonora  
Vuelve a agitar, ¡oh lira!,  
Que en este ambiente, que aromado gira,  
Su inercia sacudiendo abrumadora  
La mente creadora,  
De nuevo el fuego de entusiasmo aspira.

¡Me hallo en Guernica! Ese árbol que contemplo,  
Padrón es de alta gloria  
De un pueblo ilustre interesante historia  
De augusta libertad sencillo templo,  
Que -al mundo dando ejemplo-  
Del patrio amor consagra la memoria.

Piérdese en noche de los tiempos densa  
Su origen venerable;  
Mas ¿qué siglo evocar que no nos hable  
De hechos ligados a su vida inmensa,  
Que en sí sola condensa

La de una raza antigua e indomable?

Se transforman doquier las sociedades;  
Pasan generaciones;  
Caducan leyes; húndense naciones  
Y el árbol de las vascas libertades  
A futuras edades  
Trasmite fiel sus santas tradiciones.

Siempre inmutables son, bajo este cielo,  
Costumbres, ley, idioma...  
¡Las invencibles águilas de Roma  
Aquí abatieron su atrevido vuelo,  
Y aquí luctuoso velo  
Cubrió la media luna de Mahoma!

Nunca abrigaron mercenarias greyes  
Las ramas seculares,  
Que a Vizcaya cobijan tutelares;  
Y a cuya sombra poderosos reyes  
Democráticas leyes  
Juraban ante jueces populares.

¡Salve, roble inmortal! Cuando te nombra  
Respetuoso mi acento,  
Y en ti se fija ufano el pensamiento,  
Me parece crecer bajo tu sombra,  
Y en tu florida alfombra  
Con lícita altivez la planta asiento.

¡Salve! ¡La humana dignidad se encumbra  
En esta tierra noble  
Que tú proteges, perdurable roble,  
Que el sol sereno de Vizcaya alumbra,  
Y do el Cosnoaga inmoble  
Llega a tus pies en colosal penumbra!

¿En dónde hallar un corazón tan frío  
Que a tu aspecto no lata,  
Sintiendo que se enciende y se dilata?  
¿Quién de tu nombre ignora el poderío  
O en su desdén impío  
Tu vejez santa con amor no acata?

Allá desde el retiro silencioso  
Donde del hombre huía

-Al par que sus derechos defendía-  
Del de Ginebra pensador fogoso,  
Con vuelo poderoso  
Llegaba a ti la inquieta fantasía;

Y arrebatado en entusiasmo ardiente  
-Pues nunca helarlo pudo  
De injusta suerte el ímpetu sañudo-  
Postró a tu austera majestad la frente  
Y en página elocuente  
Supo dejarte un inmortal saludo.

La Convención francesa, de su seno,  
Ve a un tribuno afamado  
Levantarse de súbito, inspirado,  
A bendecirte, de emociones lleno  
Y del aplauso al trueno  
Retiembla al punto el artesón dorado.

Lo antigua que es la libertad proclamas...  
-¡Tú eres su monumento!-  
Por eso cuando agita raudo viento  
La secular belleza de tus ramas  
Pienso que en mí derramas  
De aquel genio divino el ígneo aliento.

Cual signo suyo mi alma te venera,  
Y cuando aquí me humillo  
De tu vejez ante el eterno brillo,  
Recuerdo, roble augusto, que, doquiera  
Que el numen sacro impera,  
Un árbol es su símbolo sencillo.

Mas, ¡ah! ¡Silencio! El sol desaparece  
Tras la cumbre vecina,  
Que va envolviendo pálida neblina...  
Se enluta el cielo... El aire se adormece...  
Tu sombra crece y crece  
¡y sola aquí tu majestad domina!

#### AL PENDÓN CASTELLANO

¡Salve, oh pendón ilustre de Castilla,  
Que hoy en los muros de Tetuán tremolas,

Y haces llegar a la cubana Antilla  
Reflejos de las glorias españolas!  
La media luna -que ante ti se humilla,-  
Recuerda ya que entre revueltas olas,  
De la raza de Agar con hondo espanto,  
Se hundió al lucir el astro de Lepanto.

Y esa morisma -de la Europa afrenta-  
Que el rugido olvidó de tus leones,  
Hoy al golpe cruel -que la escarmienta,-  
Forjando en su pavor fieras visiones,  
De siete siglos a la luz sangrienta  
Juzga que mira alzarse entre blasones,  
-Sus turbantes teniendo por alfombras,-  
Del Cid, de Alfonso y de Guzmán las sombras.

¡Oh! ¡sí! contigo van, por ti pelean  
Esos nombres augustos; de su gloria  
Los rayos en tus pliegues centellean,  
Como fulguran en la hispana historia.  
¡Que así triunfantes para siempre sean  
Símbolos del honor y la victoria,  
La civilización mirando ufana,  
Que hoy te hospeda Tetuán, Tánger mañana!

## POLONIA

(Traducción libre de Víctor Hugo)

Sola al pie de la torre, donde la voz tonante  
Resuena pavorosa de tu señor fatal,  
Cuya siniestra sombra parece por instante  
Designarse en la piedra del silencioso umbral;

Pronta a ver al esposo trocarse en asesino,  
Pálida, y hasta el suelo doblada la cerviz  
Vencida, encadenada, te ofreces al destino,  
Bella y triste Polonia, por víctima infeliz.

A falta de tus hijos, miro tus manos puras  
El crucifijo santo con fervor estrechar...  
¡Mancharon los Basquiros tus regias vestiduras,  
Y en ellas sus sandalias grabaron al pasar!

A intervalos te llegan palabras de amenaza,  
Y de pisadas duras escuchase rumor,  
Y un sable allá reluce, y un hierro que te enlaza  
Al muro, por do corre tu llanto de dolor.

¡Polonia sin ventura! los brazos descarnados  
Y la abatida frente te miro levantar,  
Y los llorosos ojos, hundidos y empañados,  
Hacia la Francia vuelves con tímido mirar.

Un grito de tu pecho tristísimo desprendes:  
-¡Oh Francia, hermana mía! -te escucho repetir:  
Ansiosa tus miradas por el camino tiendes,  
Y esperas ¡ ay! y esperas... ¡y a nadie ves venir!

## A FRANCIA

(Al tratarse de la traslación de los restos de Napoleón a París)

Bástete ¡oh Francia! la atronante gloria  
Con que llenó tus ámbitos el hombre;  
Bástete ver en inmortal historia  
Unido al tuyo su preclaro nombre.  
Bástete la memoria  
De aquellos grandes días  
En que a su voz la Europa estremecías,  
Y deja al mundo ese sepulcro austero  
Donde el hado severo  
Guarda al gigante de ambición y orgullo,  
Entre esas peñas áridas y solas;  
Mientras el mar -con turbulento arrullo-  
Quiebra a sus pies las espumantes olas.

¡Déjale allí! Sin comitiva, aislado  
Duerma en su roca solitaria y fría  
El rey sin dinastía...  
No en panteón estrecho sepultado,  
De París oiga el bacanal rüido,  
Entre vulgares reyes confundido.

¡Déjale, que supuesto es Santa Elena!  
Los nombres poderosos  
De Wagram, de Austerlitz, Marengo y Jena  
No volverán los ecos silenciosos,

La paz turbando de la tosca tumba,  
A que no presta con sus alas sombra  
El águila imperial, ni el hueco bronce  
Por saludarla omnívomo retumba  
Pero allí el mundo mírala, y se asombra  
Del misterio que muda le revela;  
Pues el fantasma inmenso,  
Que entre cielo y abismo allí suspenso  
Cumple quizás designios soberanos,  
Es de la humana historia un monumento,  
Que a pueblos y a tiranos  
Dé alta lección, terrífico escarmiento!

## EL PORQUÉ DE LA INCONSTANCIA

(A mi amigo...)

Contra mi sexo te ensañas  
Y de inconstante lo acusas;  
Quizá porque así te excusas  
De recibir cargo igual.  
Mejor obrarás si emprendes  
Analizar en ti mismo  
Del alma humana el abismo,  
Buscando el foco del mal.

Proclamas que las mujeres  
(Cual dijo no sé quién antes),  
Piensan amar sus amantes  
Cuando aman sólo al amor;  
Que el vago ardor del deseo  
Se agita constante en ellas;  
Mas pasa sin dejar huellas  
Su preferencia mayor.

¡Ay, amigo! no te niego  
Verdad que tan sólo prueba  
Que son las hijas de Eva  
Como los hijos de Adán.  
A entrambos el daño vino  
De la funesta manzana,  
Y a toda la raza humana  
Sus tristes efectos van.

¡Mísera raza!... su mengua  
Sufre, pero no la entiende;  
Y aún sueña y hallar pretende  
Bienes que torpe perdió.  
Tras ellos ciega se lanza,  
Girando en vértigo insano...  
Mas nunca su empeño vano  
Ni aun en sombra los gozó.

Amor pide, dicha busca,  
Y a esperar loca se atreve  
Que en vaso corrupto y breve  
Apague el alma su sed;  
Pero ella su afán inmenso  
Siente perenne, profundo,  
Y rompe lazos del mundo  
Como el águila la red.

En balde en la extraña lucha  
De su cansancio y su anhelo  
Le agrada tomar el velo  
Que la presenta el error,  
Y en los pálidos fantasmas,  
-Que agranda ilusa ella sola  
Se finge ver la aurëola  
De la dicha y del amor.

¡Resbala pronto la venda!  
¡Resbala y ve -con despecho-  
Que vuela, en humo deshecho,  
El fulgor de su ilusión!  
Pues no cabe en ser que piensa  
Que eterno el engaño sea  
Aunque inmortal es la idea  
Que seduce al corazón.

No es, no, flaqueza en nosotros,  
Sí indicio de altos destinos,  
Que aquellos bienes divinos  
Nos sirvan de eterno imán,  
Y que el alma no los halle,  
-Por más que activa se mueva  
Ni tú en las hijas de Eva,  
Ni yo en los hijos de Adán.

Unas y otros nos quedamos

De lo ideal a distancia,  
Y en todos es la inconstancia  
Constante anhelo del bien.  
¡De amor y dicha tenemos  
Sólo un recuerdo nublado;  
Pues su goce fue enterrado  
Bajo el árbol del edén!

Jamás ¡oh amigo! ventura  
Ni amor eterno hallaremos...  
Pero ¿qué importa? ¡esperemos!  
Porque es vivir esperar;  
Y aquí -do todo nos habla  
De pequeñez y mudanza  
Sólo es grande la esperanza  
Y perenne el desear.

#### EN LA MUERTE DEL LAUREADO POETA SEÑOR DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

Cantos de regocijo y de victoria  
Nuestras voces alzaron aquel día  
Que regia mortal mano te ceñía  
Mezquino lauro de terrestre gloria:

Y hoy que a la voz de tu Hacedor acudes,  
A recibir la fúlgida diadema  
Que la inmutable Majestad Suprema  
Guarda en la eterna patria a las virtudes

Hoy nuestra flaca condición humana  
Su aliento en vano a remontar aspira  
¡No le es dado arrancar, noble Quintana,  
Ni un tierno adiós de la enlutada ¡ira!

Que aunque la Fe con resplandor divino  
La densa noche del sepulcro alumbre,  
Y la Esperanza hasta la excelsa cumbre  
Vuele, mostrando tu triunfal camino;

Aquí -al mirar tus fúnebres despojos  
A la tierra volver- sólo nos queda,  
Con tu corona, que la España hereda,  
¡Duelo en el corazón llanto en los ojos!

## A UN AMIGO

Encargado por la dirección de un periódico de la crítica de una comedia sátira

¡Cómo! ¿Tan gran perturbación te asedia  
Porque te ordenan -con rigor y prisa  
Juicio crítico hacer de una comedia?

¡Por Dios, que al ver a tu ánima indecisa  
En trance tal (perdona si te enfado),  
Cualquiera puede reventar de risa.

¿Imaginas tal vez, pecho cuitado,  
Que para censurar una obra de arte  
Has menester de un gusto delicado?

¿Qué talento tampoco ha de faltarte,  
Ni juicio, ni instrucción, ni orden que guíe  
A ver y a examinar parte por parte?

Juro, si piensas tal, que me desvíe  
para siempre de ti, como de un zote,  
Por más que tierna tu amistad porffe.

¿Hay, por ventura, estulto monigote,  
Ignorante rapaz, coplero oscuro,  
Que por cosa tan nimia se alborote?

¿Hay quien no sepa dar un golpe duro  
Aún a la misma virginal Talía,  
Con fuerte brazo y corazón seguro?

Si no lo emprendes tú, por vida mía  
Que no sin cascabel quedará el gato,  
Y su pena tendrá tu cobardía;

Pues no has de ver expuesto tu retrato  
En baratillos mil, ni en gacetillas  
Te han de llamar ilustre literato.

Para crear de ingenio maravillas,  
Desvélese Gallegos y Quintanas,  
Y Hartzenhusches, y Vegas, y Zorrillas.

Tú -sin recurso de las nueve hermanas-  
Si esa tu indigna timidez sacudes,  
Nombre a la par de sus ingenios ganas.

Y trabaje Bretón, que -sin que sudes  
Para agradar, con su feliz constancia-  
Que te has de ver más popular no dudes.

¡Eh! ¡Dispón el papel! Poco en sustancia  
Te conviene decir: moja la pluma,  
Y comienza a escribir con arrogancia.

«Juicio crítico.» ¡Bien! ¡Como la espuma  
Tu gloria va a crecer! -Mas ¿qué diremos?  
-Para empezar y terminar, en suma,

Basta elegir entre los dos extremos  
Y exclamar: -«La comedia es un dislate.»  
O -«¡hay en ella doquier rasgos supremos!»

Lo primero es mejor: loar a un vate  
Que adquiere gloria o acumula plata,  
Es, yo lo afirmo, insigne disparate.

Otra cosa ha de ser cuando se trata  
De inofensivo autor o gente nuestra  
¿Quién a los suyos con rigor maltrata?

Mas para caso tal, nula es tu diestra,  
La juzga bien el que escribió la obra,  
Y sus mismos elogios das por muestra.

Mas miro que renace tu zozobra:  
¿Qué mosca te picó? Dilo y escribe,  
Que para meditar tiempo te sobra.

-Quiero saber si el juicio se suscribe.  
-¿El juicio suscribir?... Loco te creo:  
¿Quién duda igual sin delirar concibe?

Muy ignorante estás, por lo que veo,  
De la crítica que hay en nuestra España,  
O es que naciste para ser pigmeo.

No se firma jamás cuando con saña

Se le zurra a un autor, que capaz fuera  
De contestar con fabuleja extraña

¿Zapatero?... -¡Cabal! Mas la parlera  
Fama, divulga el recatado nombre,  
Por la voz de una turba vocinglera.

Esa turba es de amigos; no te asombre;  
Ellos dirán: -«La crítica es sublime:  
La hizo Fulano.» Y cádate grande hombre.

¿Qué te habrá de importar que desestime  
Tu censura el autor, que docta gente  
Exclame con dolor -y esto se imprime?

Tú no por eso abatirás la frente,  
Y el vulgo, que verá tu aire triunfante,  
Acatará tu fallo reverente.

-Mas lo habré de fundar. -¡Calla, ignorante!  
¿A qué viene pensar en fundamento,  
Si tu edificio debe ser flotante?

¡Es mala comedia! Aquí está el cuento.  
Es mala, y basta... porque yo lo digo;  
¡Estilo pobre... pésimo argumento!

-Mas como del aplauso fui testigo,  
¿He de afirmar que el público se engaña?  
¿Del voto general me haré enemigo?

-No; pero puedes deslizar con maña  
Que llenaba el local una pandilla  
De amigos del autor; o que en España

El mostrarse cortés no es maravilla,  
Y que a esta condición -tan oportuna-  
Alto triunfo debió mísera obrilla.

Puedes decir también que allá en su cuna  
Tuvo el autor benéfica influencia  
De alguna estrella o de la misma luna;

Mas que, en medio de todo, es por esencia  
Un zopenco, un estúpido, un ilota,  
Que sólo alcanza de agradar la ciencia.

-¡No es poco, por mi vida! Pero nota  
Que sólo comenzado el juicio tengo.  
-Pues no habrás de añadir ni aun una jota.

Bueno está como está; yo lo sostengo;  
No hay para qué meternos en hondura:  
Lo esencial dicho está, y a ello me atengo.

Eso de analizar empresa es dura,  
Y nadie tan sin miedo criticara  
Si exigiese razones la censura.

Si saber demandase, cosa es clara  
Que tanto parlanchín folletinista  
Temblar al comenzar, de pies a cara.

Mas por milagro un diario se conquista  
La pluma de algún crítico discreto,  
Y siempre encuentra a la ignorancia lista.

Ella le saca del perenne aprieto,  
Y, ora mime al autor ora le zurre,  
Nunca el arte infeliz halla respeto.

Si sesudo lector rabia o se aburre  
Del necio elogio o torpe vituperio,  
Otro, por diversión, a ellos recurre.

Y ni estóridos faltan, que al criterio  
Del intruso censor la frente inclinen,  
Por ejercer de su eco el ministerio.

Corre, pues, ¡vive Dios!, no te acoquinen  
Los descontentos que doquier pululan;  
Mas los necios serán que te apadrinen.

Adula o pega a tu placer: circulan,  
Buenos o malos, los escritos todos  
Que en las activas prensas se acumulan.

Nuestra patria feliz por varios modos  
Protege a los audaces, y aún levanta  
A muchos, ¡ay!, que estaban entre lodos.

Así nuestra cultura se adelanta,

Y a fe que los quejosos escritores  
Se divierten también en gresca tanta;

Pues ya entusiasmo encuentren, ya rigores,  
Del oso bailarín hacen recuerdo,  
Y al escuchar dicterios o loores  
Sabén si es mono el que los dice, o cerdo.

## LAS SIETE PALABRAS

(Y María al pie de la cruz)

Al cielo ofreciendo del mundo el rescate,  
Con clavos sujetas las manos divinas,  
Ciñendo sus sienes corona de espinas,  
Se ostenta en los brazos del leño Jesús.  
A diestra y siniestra dos viles ladrones  
Reciben la pena que al crimen se debe;  
Mas ¡sólo en el Justo se ensaña la plebe,  
Y está allí la Madre al pie de la Cruz!

La túnica sacra con grita sortean  
En frente al suplicio los fieros sayones,  
Y el pueblo inconstante con torpes baldones  
Denuesta al que ha sido su gloria y salud.  
Ya nadie recuerda sus hechos pasmosos,  
Del bien -que hizo a todos- cada uno se olvida,  
Celebran su muerte, calumnian su vida...  
¡Y está allí la Madre al pie de la Cruz!

«Si Dios es tu Padre»-por mofa le dicen-  
«Desciende, y entonces tendremos creencia.  
Los oye el Cordero con santa paciencia,  
Y ya de sus ojos nublada la luz,  
Los alza clamando: -¡Perdónalos, Padre!  
Lo que hacen ignoran, perdónalos pío.-  
Con roncas blasfemias responde el gentío,  
¡Y está allí la Madre al pie de la Cruz!

Sed tengo -murmura la Víctima augusta;

Vinagre mezclado con hiel le presentan...  
Sus labios divinos la esponja ensangrientan,  
Y ríe y se goza la vil multitud.

En tanto del Mártir se hiela la sangre  
Cubriendo su frente con nublos espesos  
Le tiemblan las carnes, le crujen los huesos  
¡Y está allí la Madre al pie de la Cruz!

-¡Mujer, ve tu hijo! la dice, y señala  
En Juan a la prole de Adán delincuente.  
-¡Ahí tienes, oh hombre, tu Madre clemente!-  
Mirando al Apóstol añade Jesús.  
Tal es el legado que alcanzan los mismos  
Que son de su muerte causantes insanos:  
Les da para el cielo derechos de hermanos...  
¡Y está allí la Madre al pie de la Cruz!

Mirando del Cristo la suma clemencia,  
De aquel que a su diestra comparte el suplicio  
Conmuévase el alma, que el gran sacrificio  
Ya en él ejercita su inmensa virtud:  
-«De mí note olvides -le dice- en tu reino.»  
Jesús premia al punto su fe meritoria;  
-Conmigo- responde -serás en la gloria...-  
Y está allí la Madre al pie de la Cruz!

Mas ¡ay! ya el instante se acerca supremo:  
Ya el pecho amoroso con pena respira:  
Inclinase el rostro que el ángel admira,  
Y eleva la muerte su fiera segur.  
-¡Oh Padre divino! ¿por qué me abandonas?  
La voz espirante pronuncia despacio:  
Su queja doliente devora el espacio...  
¡Y está allí la Madre al pie de la Cruz!

-¡Todo es consumado! -Mi espíritu ¡oh Padre!  
Recibe en tus manos -clamó el moribundo.  
Retiemblan de pronto los ejes del mundo,  
Los cielos se cubren de oscuro capuz,  
Se parten las piedras, las tumbas se abren,  
Sangriento un cadáver se ve suspendido...  
¡De Adán el linaje ya está redimido!  
¡Y aún queda la Madre al pie de la Cruz!

AL NOMBRE DE JESÚS

(Soneto)

Es grata al caminante en noche fría  
La alegre llama del hogar caliente:  
Grata al que corre bajo sol ardiente  
La fresca sombra de arboleda umbría:

Grato, como dulcísima armonía,  
Para el sediento el ruido de la fuente,  
Y grato respirar en libre ambiente  
Para quien sale de mazmorra impía.

Es grata, en fin, la lluvia al campesino;  
Grata al guerrero belicosa fama;  
Y grato el natal suelo al peregrino:

Pero más que aire, sombra, fuente, llama,  
Lluvia, patria, laurel, ¡Jesús divino!  
Tu nombre es grato al corazón que te ama.

A DIOS

)Soneto)

¿No es delirio, Señor? Tú, el absoluto  
En belleza, poder, inteligencia;  
Tú, de quien es la perfección esencia  
Y la felicidad santo atributo;

Tú, a mí -que nazco y muero como el bruto-  
Tú, a mí -que el mal recibo por herencia-  
Tú, a mí -precario ser, cuya impotencia-  
Sólo estéril dolor tiene por fruto...

¿Tú me buscas ¡oh Dios! Tú el amor mío  
Te dignas aceptar como victoria  
Ganada por tu amor a mi albedrío?

¡Sí! no es delirio; que a la humilde escoria,  
Digno es de tu supremo poderío  
Hacer capaz de acrecentar tu gloria!

LA PESCA EN EL MAR

¡Mirad! ya la tarde fenece...  
La noche en el cielo  
despliega su velo,  
propicio al amor.  
La playa desierta parece:  
Las olas serenas  
salpican apenas  
su dique de arenas,  
con blando rumor.

Del líquido seno la luna  
su pálida frente  
allá en occidente  
comienza a elevar.  
No hay nube que vele importuna  
sus tibios reflejos,  
que miro de lejos  
mecerse en espejos  
del trémulo mar.

¡Corramos!... ¡quién llega primero!  
Ya miro la lancha...  
Mi pecho se ensancha,  
se alegra mi faz.  
¡Ya escucho la voz del nauclero!  
que el lino despliega  
Y al soplo le entrega  
del aura que juega,  
girando fugaz!

¡Partamos! la plácida hora  
llegó de la pesca,  
y al alma refresca  
la bruma del mar.  
¡Partamos, que arrecia sonora  
la voz indecisa  
del agua, y la brisa  
comienza de prisa  
la flámula a hinchar!

¡Pronto, remero!  
¡Bate la espuma!  
¡Rompe la bruma!  
¡Parte veloz!

¡Vuele la barca!  
¡Dobla la fuerza!  
¡Canta y esfuerza  
brazos y voz!

Un himno alcemos  
jamás oído,  
del remo al ruido  
del viento al son,

y vuelve en alas  
del libre ambiente  
la voz ardiente  
del corazón.

Yo a un marino le debo la vida,  
y por patria le debo al azar  
una perla -en un golfo nacida-  
al bramar  
sin cesar  
de la mar.

Me enajena al lucir de la luna  
con mi bien estas olas surcar,  
y no encuentro delicia ninguna  
como amar  
y cantar  
en el mar.

Los suspiros de amor anhelantes  
¿quién ¡oh amigos! querrá sofocar,  
si es tan grato a los pechos amantes  
a la par  
suspirar  
en el mar?

¿No sentís que se encumbra la mente  
esa bóveda inmensa al mirar?  
Hay un goce profundo y ardiente  
en pensar  
y admirar  
en el mar.

Ni un recuerdo del mundo aquí llegue  
nuestra paz deliciosa a turbar:  
libre el alma al deleite se entregue

de olvidar  
y gozar  
en el mar.

¡Presto todos!... ¡Las redes se tienden!  
¡Muy pesadas las hemos de alzar!  
¡Presto todos, los cantos suspendan,  
y callar  
y pescar  
en el mar!

Cuartetos escritos en un cementerio  
He aquí el asilo de la eterna calma,  
do sólo el sauce desmayado crece...  
¡Dejadme aquí: que fatigada el alma,  
el aura de las tumbas apetece!

Los que aspiráis las flores de la vida,  
llenas de aroma de placer y gloria,  
no piséis el lugar do convertida  
veréis su pompa en miserable escoria:

mas venid todos los que el ceño airado  
del destino mirasteis en la cuna;  
los que sentís el corazón llagado  
y no esperáis consolación alguna.

¡Venid también, espíritus ardientes,  
que en ese mundo os agitáis sin tino,  
y cuya inmensa sed sus turbias fuentes  
calmar no pueden con raudal mezquino!

Los que el cansancio conocisteis, antes  
que paz os diesen y quietud los años  
¡Venid con nuestros sueños devorantes!  
¡Venid con vuestros tristes desengaños!

No aquí las horas, rápidas o lentas,  
cuenta el placer ni mide la esperanza:  
¡quíébranse aquí las olas turbulentas  
que el huracán de las pasiones lanza!

Aquí, si os turban sombras de la duda,  
la severa verdad inmóvil vela:  
aquí reina la paz eterna y muda,  
si paz el alma fatigada anhela.

Los que aquí duermen en profundo sueño,  
insomnes cual nosotros se agitaron...  
Ya de la muerte en el letal beleño  
sus abrasadas sienes refrescaron.

Amemos, pues, nuestra mansión futura,  
única que tenemos duradera  
¡Que ilusión de la vida es la ventura,  
mas la paz de la muerte es verdadera!

## A LAS ESTRELLAS

(Soneto)

Reina el silencio; fúlgidas en tanto,  
luces de paz, purísimas estrellas,  
de la noche feliz lámparas bellas,  
bordáis con oro su luctuoso manto.

Duerme el placer, mas vela mi quebranto,  
y rompen el silencio mis querellas,  
volviendo el eco unísono con ellas,  
de aves nocturnas el siniestro canto.

¡Estrellas, cuya luz modesta y pura  
del mar duplica el azulado espejo!  
si a compasión os mueve la amargura

del intenso penar porque me quejo,  
¿cómo, para aclarar mi noche oscura,  
no tenéis ¡ay! ni un pálido reflejo?

## A ÉL

Era la edad lisonjera  
en que es un sueño la vida,  
era la aurora hechicera  
de mi juventud florida,  
en su sonrisa primera:

cuando contenta vagaba

por el campo, silenciosa,  
y en escuchar me gozaba  
la tórtola que entonaba  
su querella lastimosa.

Melancólico fulgor  
blanca luna repartía,  
y el aura leve mecía  
con soplo murmurador  
la tierna flor que se abría.

¡Y yo gozaba! El rocío,  
nocturno llanto del cielo,  
el bosque espeso y umbrío,  
la dulce quietud del suelo,  
el manso correr del río.

Y de la luna el albor,  
y el aura que murmuraba,  
acariciando a la flor,  
y el pájaro que cantaba,  
todo me hablaba de amor.

Y trémula, palpitante,  
en mi delirio extasiada,  
miré una visión brillante,  
como el aire perfumada,  
como las nubes flotante.

Ante mí resplandecía  
como un astro brillador,  
y mi loca fantasía  
al fantasma seductor  
tributaba idolatría.

Escuchar pensé su acento  
en el canto de las aves:  
eran las auras su aliento  
cargadas de aromas suaves,  
y su estancia el firmamento.

¿Qué ser divino era aquél?  
¿Era un Ángel o era un hombre?  
¿Era un Dios o era Luzbel...?  
¿Mi visión no tiene nombre?  
¡Ah! nombre tiene... ¡Era él!

El alma guardaba tu imagen divina  
y en ella reinabas ignoto señor,  
que instinto secreto tal vez ilumina  
la vida futura que espera el amor.

Al sol que en el cielo de Cuba destella,  
del trópico ardiente brillante fanal  
tus ojos eclipsan, tu frente descuella  
cual se alza en la selva la palma real.

Del genio la aureola, radiante, sublime,  
ciñendo contemplo tu pálida sien,  
y al verte, mi pecho palpita, y se oprime,  
dudando si formas mi mal o mi bien.

Que tú eres no hay duda mi sueño adorado,  
el ser que vagando mi mente buscó,  
mas ¡ay! que mil veces el hombre, arrastrado  
por fuerza enemiga, su mal anheló.

Así vi a la mariposa  
inocente, fascinada  
en torno a la luz amada  
revolotear con placer.

Insensata se aproxima  
y le acaricia insensata,  
hasta que la luz ingrata  
devora su frágil ser.

Y es fama que allá en los bosques  
que adornan mi patria ardiente,  
nace y crece una serpiente  
de prodigioso poder,

que exhala en torno su aliento  
y la ardilla palpitante,  
fascinada, delirante,  
corre... ¡y corre a perecer!

¿Hay una mano de bronce,  
fuerza, poder, o destino,  
que nos impele al camino  
que a nuestra tumba trazó?

¿Dónde van, dónde, esas nubes  
por el viento compelidas?...  
¿Dónde esas hojas perdidas  
que del árbol arrancó?

Vuelan, vuelan resignadas,  
y no saben donde van,  
pero siguen el camino  
que les traza el huracán.

Vuelan, vuelan en sus alas  
nubes y hojas a la par,  
ya los cielos las levante  
ya las sumerja en el mar.

¡Pobres nubes! ¡pobres hojas  
que no saben dónde van!...  
pero siguen el camino  
que les traza el huracán.

A\*\*\*\*

No existe lazo ya: todo está roto:  
plúgole al cielo así: ¡bendito sea!  
Amargo cáliz con placer agoto:  
mi alma reposa al fin: nada desea.

Te amé, no te amo ya; piénsolo al menos.  
¡Nunca, si fuere error, la verdad mire!  
Que tantos años de amarguras llenos  
trague el olvido; el corazón respire.

Lo has destrozado sin piedad: mi orgullo  
una vez y otra vez pisaste insano...  
mas nunca el labio exhalará un murmullo  
para acusar tu proceder tirano.

De graves faltas vengador terrible,  
dócil llenaste tu misión: ¿lo ignoras?  
No era tuyo el poder que irresistible  
postró ante ti mis fuerzas vencedoras.

¡Quísolo Dios y fue: gloria a su nombre!  
Todo se terminó: recobro aliento.

¡Ángel de las venganzas! ya eres hombre...  
ni amor ni miedo al contemplarte siento.

Cayó tu cetro, se embotó tu espada...  
Mas ¡ay! ¡Cuán triste libertad respiro!  
Hice un mundo de ti, que hoy se anonada,  
y en honda y vasta soledad me miro.

¡Vive dichoso tú! Si en algún día  
ves este adiós que te dirijo eterno,  
sabe que aún tienes en el alma mía  
generoso perdón, cariño tierno.

## A LA POESÍA

¡Oh tú, del alto cielo,  
precioso don al hombre concedido!  
¡Tú, de mis penas íntimo consuelo,  
de mis placeres manantial querido!  
¡Alma del orbe, ardiente Poesía,  
dicta el acento de la lira mía!

Díctalo, sí; que enciende  
tu amor mi seno, y sin cesar ansío  
la poderosa voz -que espacio hiende-  
para aclamar tu excelso poderío;  
y en la naturaleza augusta y bella  
buscar, seguir y señalar tu huella.

¡Mil veces desgraciado  
quien -al fulgor de tu hermosura ciego-  
en su alma inerte y corazón helado  
no abriga un rayo de tu dulce fuego!  
Que es el mundo sin ti templo vacío,  
cielos sin claridad, cadáver frío.

Mas yo doquier te miro;  
doquier el alma estremecida siente  
tu influjo inspirador. El grave giro  
de la pálida luna, el refulgente  
trono del sol, la tarde, la alborada...,  
todo me habla de ti con voz callada.

En cuanto ama y admira

te halla mi mente. Si huracán violento  
zumba y levanta el mar, bramando ira;  
si con rumor responde soñoliento  
plácido arroyo al aura que suspira...,  
tú alargas para mí cada sonido  
y me explicas su místico sentido.

Al férvido verano,  
a la apacible y dulce primavera,  
al grave otoño y al invierno cano  
embellece tu mano lisonjera;  
que alcanza, si los pintan tus colores,  
calor el hielo, eternidad las flores.

¿Qué a tu dominio inmenso  
no sujetó el Señor? En cuanto existe  
hallar tu ley y tus misterios pienso;  
el universo tu ropaje viste,  
y en su conjunto armónico demuestra  
que tú guiaste la hacedora diestra.

¡Hablas! Todo renace;  
tu creadora voz los yermos puebla:  
espacios no hay que tu poder no enlace  
y, rasgando del tiempo la tiniebla,  
de lo pasado al descubrir ruinas,  
con tu mágica voz las iluminas.

Por tu acento apremiados,  
levántanse del fondo del olvido,  
ante tu tribunal, siglos pasados;  
y el fallo, que pronuncias transmitido  
por una y otra edad en rasgos de oro,  
eterniza su gloria o su desdoro.

Tu genio independiente  
rompe las sombras del error grosero;  
la verdad preconiza; de su frente  
vela con flores el rigor severo,  
dando al pueblo en bellas creaciones,  
de saber y virtud santas lecciones.

Tu espíritu sublime  
ennoblece la lid; tu épica trompa  
brillo eternal en el laurel imprime;  
al triunfo presta inusitada pompa;

y los ilustres hechos que proclama  
fatiga son del eco de la fama.

Mas si entre gayas flores  
a la beldad consagras tus acentos;  
si retratas los tímidos amores;  
si enalteces sus rápidos contentos,  
a despecho del tiempo, en tus anales  
beldad, placer y amor son inmortales.

Así en el mundo suenan  
del amante Petrarca los gemidos,  
los siglos con su canto se enajenan;  
y unos tras otros -de su amor movidos-  
van de Valclusa a demandar al aura  
el dulce nombre del cantor de Laura.

¡Oh! No orgullosa aspiro  
a conquistar el lauro refulgente,  
que humilde acato y entusiasta admiro  
de tan gran vate la inspirada frente;  
ni ambicionan mis labios juveniles  
el clarín sacro del cantor de Aquiles.

No tan ilustres huellas  
seguir es dado a mi insegura planta...  
mas -abrasada al fuego que destellas-,  
¡oh, ingenio bienhechor!, a tu ara santa  
mi pobre ofrenda estremecida elevo,  
y una sonrisa a demandar me atrevo.

Cuando las frescas galas  
de mi lozana juventud se lleve  
el veloz tiempo en sus potentes alas,  
y huyan mis dichas como el humo leve,  
serás aún mi sueño lisonjero,  
y veré hermoso tu favor primero.

Dame que pueda entonces,  
¡Virgen de paz, sublime poesía!,  
no transmitir ni en mármoles ni en bronces  
con rasgos tuyos la memoria mía;  
sólo arrullar, cantando mis pesares  
a la sombra feliz de tus altares.

FIN